á lo alto, se convertía en un dios omnipotente y temible. Nada de igualdad perniciosa y revolucionaria. El grande siempre tenía razón. El dogma ensalzaba la humildad de todos ante Dios, pero al fijar ejemplos, hablaba siempre de rebaños y de pastores que debían dirigirlos. El era el pastor porque así lo quería el Omnipotente. ¡Ay del que intentara descarriarse!...

En el coro, la alegría de su orgullo gustó una satisfacción aun mayor. Estaba sentado en el trono de los arzobispos de Toledo, aquella silla que había sido la estrella de su juventud y cuyo recuerdo le turbaba en pleno episcopado, cuando paseaba la mitra por las provincias esperando la hora de llegar á la Primada. Erguíase bajo el artístico dosel del Monte Tabor, sobre cuatro escalones, para que le viesen bien todos los del coro y se convencieran de que era su príncipe. Las cabezas de las dignidades sentadas á su lado, estaban casi al nivel de sus pies. Podía pisarlos como víboras si osaban levantarse de nuevo, mordiéndole en sus más íntimos afectos.

Enardecido por la apreciación de su grandeza y su triunfo, era el primero en levantarse ó sentarse, conforme lo marcaba el ritual de los oficios, y unía su voz á los del coro, asombrando á todos con la áspera energía de su canto. Las palabras latinas salían de su boca como trabucazos contra aquella gente odiada: sus ojos pasaban con expresión de reto sobre la doble fila de cabezas inclinadas.

Era un hombre de fortuna que había marchado de éxito en éxito, y sin embargo, jamás había sentido una satisfacción tan honda, tan completa como la de aquel momento. El mismo se asustaba de su alegría, de aquel estallido de orgullo que

amortiguaba sus crónicas dolencias. Parecíale que estaba gastando en unas cuantas horas toda su provisión de vida.

Al finalizar la misa, los cantores y demás gente menuda del coro, que eran los únicos que osaban mirarle, se alarmaron viéndole palidecer, levantarse, con la faz desencajada, llevándose las manos al pecho. Advertidos los canónigos, corrieron á él formando una apretada masa de vestiduras rojas ante su trono. Su Eminencia se ahogaba, debatiéndose entre aquel círculo de manos que le agarraban instintivamente.

—¡Aire!—rugió—, ¡aire!... ¡Quítense de delante con mil porras! ¡Que me lleven á casa!...

Aun en medio de su angustia, encontró el gesto enérgico y sus antiguos votos de soldado para rechazar á los enemigos. Se ahogaba, pero no quería que lo viesen los canónigos. Adivinaba en muchos de ellos la satisfacción tras el gesto compungido. ¡Que nadie le tocase! ¡El se bastaba! Y apoyado en dos familiares fieles, emprendió la marcha jadeando, hacia la escalera arzobispal, seguido de gran parte del cabildo.

La función religiosa terminó apresuradamente. Que perdonara la Virgen: otro año tendría mayor solemnidad. Y las autoridades é invitados abandonaron sus asientos del altar mayor para correr en demanda de noticias al palacio arzobispal.

Al despertar Gabriel, pasado mediodía, todos hablaban en el claustro alto de la salud de Su Eminencia. Su hermano preguntaba á tía Tomasa que venía de palacio.

—Se muere, hijos—decía la jardinera—; de esta no escapa. Doña Visita me lo ha enseñado de lejos, llorando la pobre. No puede estar acostado. El pecho le baila como un fuelle roto. Los médicos

dicen que no llega á la noche. ¡Qué desgracia!... ¡Y en un día como este!...

La agonía del príncipe eclesiástico era acogida con un silencio fúnebre. Las mujeres de las Claverías iban y venían con noticias desde el palacio al claustro alto. Los chicuelos permanecían recluídos en las habitaciones, atemorizados por las amenazas de las madres si intentaban jugar en las galerías.

El maestro de capilla, siempre insensible á los sucesos de la catedral, salía, sin embargo, á tomar noticias del estado de Su Eminencia. Tenía un proyecto, del que habló rápidamente á la familia durante la comida. Los funerales de un cardenal bien merecían que se ejecutase una misa célebre, con gran orquesta reclutada en Madrid. El ya había echado el ojo al famoso *Requiem* de Mozart. Era por lo único que le interesaba la suerte del prelado.

Gabriel, mirando á su compañera, sentía el dulce egoísmo que experimenta el vivo cuando muere el poderoso.

—Ya caen los grandes, Sagrario. Y nosotros los enfermos, los miserables, aun tenemos por delante alguna vida.

A la hora en que se cerraba el templo bajó para comenzar su vigilancia. El campanero le esperaba con las llaves.

—¿Qué hay del cardenal?—preguntó Gabriel.

—Pues que se muere hoy mismo, si es que no ha muerto ya.

Y después añadió:

—Esta noche, Gabriel, tendrás gran iluminación. La Virgen está en el altar mayor, hasta mañana, rodeada de cirios.

Calló un momento, como si vacilase.

—Tal vez—añadió—baje á hacerte un rato de compañía. Debes aburrirte solo. Espérame.

Cuando Gabriel quedó encerrado en el templo, vió un trozo del altar mayar resplandeciente de luces. Hizo su acostumbrada requisa de puertas y verjas; visitó el *Locum*, los grandes retretes donde en otro tiempo se habían ocultado unos ladrones, y después que estuvo convencido de que en la catedral no había otro ser vivo que él, fué á sentarse en el crucero, con su manta y la cesta de la cena.

Allí permaneció largo rato, contemplando á través de la reja la Virgen del Sagrario. Nacido en la catedral y llevado de niño por su madre á que se arrodillase ante la imagen, la había admirado como el tipo más perfecto de hermosura. Ahora la apreciaba fríamente con ojos de artista. Era fea y grotesca, como todas las imágenes que son ricas. La piedad suntuosa y opulenta la había disfrazado con sus tesoros. No había nada en ella del idealismo de las vírgenes pintadas por los artistas cristianos. Más bien parecía un ídolo indostánico recargado de joyas. La falda y el manto se ahuecaban con la ampulosidad de un miriñaque, y sobre las tocas lucía una corona, enorme como un morrión, empequeñeciéndola la cara. El oro, las perlas, los diamantes, brillaban sobre sus vestiduras. Llevaba pendientes y pulseras de gran valor.

Gabriel sonreía pensando en la simpleza religiosa, que viste á los héroes celestiales con arreglo á las modas de la tierra.

El débil resplandor del crepúsculo que descendía de los ventanales y la inquieta llama de los cirios, formaban una ondulación de luces y sombras, animando el rostro de la imagen como si gesticulase.

—¡Aun como soy yo!—se decía Gabriel—. Si en mi lugar estuviera un devoto, creería que la Virgen ríe unos momentos y después llora. Con un

poco de imaginación y de fe, ¡he aquí un milagro! Estos caprichos de la luz han sido una mina inagotable para los sacerdotes. También las Venus de otros tiempos cambiaban la expresión de su cara, riendo ó llorando á gusto de los fieles, como una imagen cristiana.

Y pensó largo rato en el milagro, invención de todas las religiones y tan antiguo como la ignorancia y la credulidad humanas.

Obscureció. Después de cenar parcamente, Gabriel abrió un libro que llevaba en la cesta y púsose á leer á la luz de su linterna. De vez en cuando levantaba la cabeza, distraído por el revoloteo y los gritos de los pajarracos nocturnos, atraídos por el resplandor extraordinario del bosque de cirios. Transcurría el tiempo lentamente. En la obscuridad de las bóvedas retumbaban los argentinos martillazos de los guerreros del reloj. Luna se levantaba y recorría la iglesia visitando los contadores para marcar su ronda.

Habían sonado las diez cuando Gabriel oyó abrirse el postigo de la portada de Santa Catalina, pero rápidamente y sin violencia, como si hubieran hecho uso de una llave. Luna recordó el ofrecimiento del campanero. Después sonaron los pasos de varias personas, pero agrandados por el eco, como si avanzase toda una hueste.

—¿Quién va?—gritó Gabriel algo alarmado.

—Nosotros, hombre—contestó en la sombra la voz fosca de Mariano—. ¿No te dije que bajaríamos?

Al entrar en el crucero les dió de lleno la luz del altar mayor. Gabriel vió con el campanero al *Tato* y al zapaterillo. Querían acompañar á Luna una parte de la noche para que no le fuese tan pesada la guardia, y traían una botella de aguardiente, que le ofrecieron.

—Ya sabéis que no bebo—dijo Gabriel—. Nunca me ha gustado el alcohol: vino, y no mucho. ¿Pero adónde vais vestidos como en los días de fiesta?

El *Tato* se apresuró á responder. El *Vara de plata* cerraba á las nueve las Claverías y ellos querían pasar la noche fuera de casa. Ya habían estado un buen rato en un café del Zocodover, regalándose como señores. Estaban hechos unos calaveras. Aquella noche era extraordinoria, tanto más cuanto que la ciudad también estaba alterada por lo del arzobispo.

—¿Cómo sigue?—pregunto Gabriel.

—Creo que ha muerto hace media hora—dijo el campanero—. Cuando he subido á mi casa por las llaves, salía un médico del palacio y así se lo decía á un canónigo... Pero sentémonos.

Tomaron todos asiento, con la gorra calada, en los peldaños de la verja del altar mayor. Mariano dejó en el suelo el manojo de las llaves, un racimo de hierro como una maza. Las había de todas las épocas; unas groseras y herrumbrosas, con las huellas del martillo, ostentando escudos cerca del agarradero; otras más modernas, pulidas y brillantes como si fuesen de plata; pero todas enormes y pesadas, de robustos dientes, cual convenía á la grandeza del edificio.

Los tres amigos parecían extraordinariamente contentos, con una alegría nerviosa, que les hacía empujarse y reir. Miraban de reojo á la Virgen y después se miraban entre ellos con un gesto de misterio que no podía comprender Gabriel.

—Habéis bebido mucho, ¿verdad?—dijo Luna con suave reproche—. Hacéis mal: ya sabéis que el beber es la degradación de los pobres.

—Un día es un día, tío—dijo el perrero—. Nos alegra que se mueran los grandes. Ya ve usted: yo

admiraba mucho á Su Eminencia: pues ¡que se haga la porra! La única satisfacción que tiene un pobre es ver que á los de arriba también les llega la vez.

—Bebe—dijo el campanero ofreciéndole la botella—. Es una dicha encontrarnos aquí sanos y alegres, mientras Su Eminencia se verá mañana entre cuatro tablas. ¡Menudo campaneo soltaremos todo el día!...

Bebió el *Tato*, y pasó la botella al zapatero, que estuvo mucho tiempo con la boca pegada al gollete. De los tres, éste parecía el más ebrio. Tenía los ojos enrojecidos, miraba duramente á todos lados y permanecía silencioso. Sólo sonreía forzosamente cuando le dirigían la palabra, como si su pensamiento estuviera lejos, muy lejos.

El campanero, en cambio, era más locuaz que de costumbre. Hablaba de la fortuna del cardenal, de lo rica que iba á ser doña Visitación, de la alegría que tendrían aquella noche muchos del cabildo. Y se interrumpía para empinar la botella del aguardiente, pasándola después á los compañeros. El vaho del alcohol se esparcía en aquel ambiente impregnado de incienso y humo de cera.

Transcurrió más de una hora. Mariano había cortado varias veces la conversación como si tuviera que decir algo grave y vacilase, falto de valor. Por fin se decidió.

—Gabriel: pasa el tiempo y nos resta mucho que hacer y que hablar. Son poco más de las once. Aun quedan horas para hacer bien la cosa.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luna con extrañeza.

—Pocas palabras: al grano. Se trata de que tú seas rico y lo seamos nosotros: queremos salir de esta miseria... Ya has notado hace tiempo que huíamos de ti; que al placer de oirte preferíamos hablar entre nosotros. Es que tú eres un sabio, pero no vales un céntimo para las cosas de la vida. Contigo se aprende, pero no se sale de pobreza... Hemos pasado meses pensando en la necesidad de dar un golpe afortunado. Esas revoluciones de que nos hablas están muy lejos. Las verán nuestros nietos, y aun tal vez no las vean. Bueno es que los sabios piensen en el porvenir; pero los brutos como nosotros sólo vemos el presente. ¡Hemos empleado el tiempo discurriendo barbaridades! Secuestrar á don Sebastián y exigirle un millón de rescate, entrar en el palacio una noche, y ¡qué sé yo qué más!... Todo majaderías ideadas por tu sobrino. Pero esta mañana, en mi casa, lamentándonos de la miseria, hemos visto de pronto la salvación. Tú, como único guardián de la catedral; la Virgen, en el altar mayor, con las joyas que el resto del año se guardan en el Tesoro, y yo con las llaves en mi poder... El trabajo más fácil del mundo. Limpiamos á la Virgen, emprendemos el camino de Madrid y llegamos al amanecer; el *Tato* conoce allí mucha gente de la que va á las capeas: nos ocultamos algún tiempo, y después, tú, que sabes el mundo, nos guiarás. Iremos á América, venderemos la pedrería y seremos ricos. ¡Alza, Gabriel! Vamos á despojar al ídolo, como tú dices.

—¡Luego es un robo lo que me proponéis!—exclamó Luna alarmado.

—¿Un robo?—dijo el campanero—. Llámalo así si quieres: ¿y qué? ¿te asustas de eso?... Más nos han robado á nosotros, que nacimos con derecho á un pedacito de mundo, y por más vueltas que damos no encontramos un sitio libre... Además, ¿á quién perjudicamos con esto? De nada sirven á ese pedazo de palo las joyas que lo cubren. Ni come,

ni siente frío en el invierno, y nosotros somos unos miserables. Tú mismo lo has dicho, Gabriel, contemplando nuestra pobreza. Nuestros hijos mueren de hambre sobre las rodillas de las madres, mientras los ídolos se cubren de riquezas... Anda, Gabriel, no perdamos el tiempo.

—Vamos tío—dijo el *Tato*—. Un poco de coraje. Convénzase de que los ignorantes sabemos hilar las cosas cuando llega el caso.

Gabriel no les escuchaba. La sorpresa le había hecho caer en el ensimismamiento. Medía, asustado, el gran error cometido; veía abrirse un foso inmenso entre él y los que creía sus discípulos. Recordaba las palabras de su hermano. ¡Ah, el buen sentido de los simples! El, con todas sus lecturas, no había previsto el peligro de enseñar á los ignorantes, en unos cuantos meses, lo que requería toda una vida de reflexión y estudio. Repetíase en pequeño lo que ocurre en los pueblos agitados por la revolución. Las ideas más nobles se corrompían al pasar por el tamiz de la vulgaridad: las aspiraciones generosas se envenenaban con los sedimentos de la miseria.

Los envilecidos por la explotación, al despertar, buscaban en las doctrinas redentoras la venganza del pasado y el bienestar egoísta, aunque fuese á costa de sus semejantes.

Había sembrado la semilla revolucionaria en los parias de la Iglesia, adormecidos en un ambiente de dos siglos atrás. Creía contribuir á la revolución futura formando hombres, y al despertar de su ensueño se encontraba con criminales vulgares. ¡Qué espantosa decepción! Sus ideas sólo habían servido para destruir. Quitando á aquellos cerebros soñolientos los prejuicios de la ignorancia, las supersticiones del siervo, sólo había conseguido

hacerlos audaces para el mal. El egoísmo era la única pasión que vibraba en ellos. Sólo habían aprendido que eran miserables y no debían serlo. La suerte de sus compañeros de infortunio, de una inmensa parte de la humanidad, miserable y triste, no les interesaba. Saliendo ellos de su estado, mejorando su situación, fuese como fuese, les importaba poco que el mundo siguiera lo mismo que antes; que las lágrimas, el dolor y el hambre reinasen abajo para asegurar la comodidad de los de arriba. Había sembrado en ellos su pensamiento, queriendo acelerar la cosecha, y como en los cultivos forzados y artificiales, que crecen con asombrosa rapidez para no dar más que frutos corrompidos, el resultado de su propaganda era la podredumbre moral. ¡Hombres, al fin, como todos! ¡La fiera humana, buscando su bienestar á costa del semejante; perpetuando el desconcierto y el dolor para los demás, con tal de gozar de la abundancia, durante una vida de unos cuantos años! ¡Ay! ¿dónde encontrar el ser superior, ennoblecido por el culto de la razón, haciendo el bien sin esperanza de recompensa, sacrificándolo todo por la solidaridad humana; el hombre-dios que embellecería el porvenir!...

—Anda, Gabriel—continuaba el campanero—. No perdamos tiempo. Es cosa de un instante, y en seguida ¡á volar!

—No—dijo Luna con firmeza, saliendo de su ensimismamiento—. No haréis eso, no debéis hacerlo. Es un robo lo que me proponéis, y mi dolor es grande, viendo que para eso contabais conmigo. Otros van al robo por instinto fatal ó por corrupción de alma; vosotros llegáis á él porque quise ilustraros, porque intenté abrir vuestras inteligencias á la verdad. ¡Oh! ¡es horrible! ¡muy horrible!

—¿Pero á qué tales aspavientos, Gabriel? ¿No es eso un pedazo de palo? ¿A quién perjudicamos apoderándonos de sus joyas? ¿No roban los ricos y todos los que poseen algo? ¿Por qué no hemos de imitarles?

—Por eso mismo: porque lo que intentáis hacer es una imitación del mal; porque perpetúa una vez más el sistema de violencia y de desarreglo, causa de la miseria. ¿Por qué odias al rico, si lo que él hace al explotar al humilde es lo mismo que vas á hacer tú, apoderándote de una cosa *para ti* (entiéndelo bien), *para ti* y no para todos? No me asusta el robo, porque no creo en la propiedad ni en la santidad de las cosas; pero por esto mismo abomino de la apropiación particular y me opongo á ella. ¿Para qué queréis apoderaros de eso? Decís que para remediar vuestra miseria. No es verdad: para ser ricos, para entrar en el grupo de los privilegiados, para ser tres individuos más de esa minoría odiosa, que goza el bienestar esclavizando á los humanos. Si todos los pobres de Toledo llamasen ahora á las puertas de la catedral, sublevados y embravecidos, yo les abriría paso, los guiaría yo mismo, les señalaría esas joyas que ambicionáis, les diría: «Apoderaos de ellas.» Son gotas de sudor y de sangre de sus antepasados: representan el trabajo servil en la tierra del señor, el despojo brutal por los alcabaleros del rey, para que magnates y reyes pudiesen cubrir de pedrería al ídolo que podía abrirles las puertas del cielo. Eso no pertenece á vosotros tres porque seáis más audaces; pertenece á todos, como de todos son las riquezas de la tierra. Poner su mano los hombres sobre cuanto existe en el mundo será la obra santa, la revolución redentora del porvenir: apoderarse ahora unos cuantos de lo que

con arreglo á la moral imperante no es suyo, resulta un delito para las leyes burguesas, y para mí es un atentado contra los desheredados, únicos dueños de lo existente...

—Calla, Gabriel—dijo el campanero con dureza—. Si te dejo, hablarás hasta el amanecer. No te entiendo, ni quiero. Venimos á hacerte un favor y nos sales con un sermón. ¡Queremos verte rico como nosotros y nos contestas hablando de los demás, de la gente que no conoces, de esa humanidad que no te dió ni un mendrugo cuando vagabas como un perro!... Tendré que dirigirte como en nuestra juventud, cuando hacíamos la guerra. Siempre te he querido y admiro tu talento, pero á ti hay que tratarte como á un chicuelo... ¡Vaya, Gabriel, á callar y síguenos! ¡Te llevamos á la felicidad! Adelante, compañeros.

El *Tato* y el zapatero se pusieron de pie, marchando hacia la verja del altar mayor. El perrero empujó una de sus hojas, entreabriéndola.

—No—gritó Gabriel con energía—. Deteneos... Mariano, no sabes lo que haces. Creéis que ya está lograda vuestra dicha con apoderarse de esas riquezas. ¿Y después? Vuestras familias quedan aquí. *Tato*, piensa en tu madre. Mariano, el zapatero y tú tenéis mujeres, tenéis hijos.

—¡Bah!—dijo el campanero—. Ya vendrán á reunirse con nosotros cuando estemos lejos y en salvo. El dinero todo lo puede: lo que importa es tenerlo.

—¿Y vuestros hijos? ¡Les dirán que sus padres fueron ladrones!

—Pero serán ricos en otro país. Al fin su historia no resultará peor que la de los hijos de otros ricos.

Gabriel se convenció de la resolución feroz que animaba á aquellos hombres. Sus esfuerzos para detenerles eran inútiles. Mariano le empujaba al ver que se interponía entre él y el altar mayor.

—Aparta, chiquillo—dijo—. Ya que no sirves para nada, déjanos. ¿Es que le tienes miedo á la Virgen? Descuida, que aunque nos llevemos todo cuanto posee, no hará ningún milagro.

Gabriel intentó un recurso decisivo.

—No haréis nada. Si pasáis la verja, si entráis en el altar mayor, toco el esquilón y antes de diez minutos está todo Toledo en las puertas.

Y abriendo la verja del coro, entró en él con una decisión que paralizó al campanero.

El zapaterillo, con su aspecto de borracho taciturno, fué el único que le siguió.

—¡El pan de mis hijos!—murmuraba con lengua estropajosa—. ¡Quieren robarlos!... ¡Quieren que sigan pobres!...

Mariano oyó un ruido metálico: vió cómo el zapaterillo levantaba el brazo armado con el manojo de llaves, caído en los peldaños de la verja, y después oyó un choque de extraña sonoridad, como si golpease algo hueco.

Gabriel dió un grito y cayó al suelo de bruces. El zapatero seguía golpeándole al cráneo.

—¡No le des más!... ¡Detente!

Estas fueron las últimas palabras que oyó confusamente Gabriel, tendido en la entrada del coro. Un líquido pegajoso y caliente se escurría sobre sus ojos. Después, el silencio, la obscuridad, la nada.

El último destello de su pensamiento fué para decirse que iba á morir, que tal vez había muerto ya, restándole sólo la postrera vibración vital, la estela agitada de una existencia que huía para siempre.

Aun volvió á la vida. Abrió los ojos trabajosamente y vió el sol al través de un vantanillo con hierros, unas paredes blancas y una cama con cobertor de percalina rameada y sucia. La cabeza le pesaba enormemente. Su pensamiento pudo formar y coordinar una idea después de grandes vacilaciones y tropiezos: le habían colocado la catedral en las sienes. El templo gigantesco gravitaba sobre su cráneo, aplastándolo. ¡Qué inmenso dolor!... No podía moverse: estaba cogido por la cabeza. Zumbaban sus oídos; su lengua estaba paralizada. Los ojos veían, pero débilmente, como si la luz fuese turbia y una bruma rojiza envolviese los objetos.

Creyó que una cara con bigotes, terminada por un sombrero de guardia civil, se inclinaba sobre la suya, mirándolo en los ojos. Movía los labios, pero él no oía nada. Era sin duda la pesadilla de sus antiguas persecuciones volviendo á surgir.

Se fijaban en él, viendo que abría los ojos. Un señor vestido de negro avanzaba hasta su lecho, seguido de otros dos que llevaban papeles bajo el brazo. Adivinó que le hablaban por el movimiento de los labios, pero nada pudo oir. ¿Estaría en otro mundo? ¿Serían falsas sus creencias y después de la muerte existiría otra vida igual á aquella que había abandonado?...

Cayó de nuevo en la sombra y en la inercia. Pasó mucho tiempo... mucho. Otra vez se abrieron sus ojos, pero ahora la bruma era más densa. Ya no era roja; era negra.

Entre estos velos, creyó ver Gabriel el rostro

de su hermano, consternado, crispado por el miedo; y los bicornios de la guardia civil, aquellos sombreros de pesadilla, rodeando al pobre *Vara de palo*. Después, más esfumada, más indecisa, la cara de la dulce compañera, de Sagrario, contemplándole con ojos llorosos de inmensa pena, besándolo con la mirada, sin que la intimidasen los hombres negros y las armas que la rodeaban.

Esta fué la última visión, indecisa y borrosa, como vista á la luz de una chispa fugaz. Después, la obscuridad eterna, el aniquilamiento... la Nada.

Al cerrar para siempre los ojos, sonó junto á él una voz:

—Te seguíamos la pista, pájaro. Bien escondido estabas, pero te has descubierto con una de las tuyas. Ahora veremos qué cuenta das de las joyas de la Virgen... ¡ladrón!

El terrible enemigo de Dios y del orden social, no dió cuenta alguna á los hombres.

Al día siguiente salió en hombros, de la enfermería de la cárcel, para desaparecer en la fosa común. El secreto de su muerte lo guardó la tierra, esa madre ceñuda que presencia impasible las luchas de los hombres, sabiendo que grandezas y ambiciones, miserias y locuras, han de pudrirse en sus entrañas, sin otro resultado que fecundar la renovación de la vida.

FIN

Playa de la Malvarrosa (Valencia).
Agosto-Septiembre, 1903.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

POR J. MICHELET

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducida por primera vez del francés.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez

Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela, á 10 pesetas volumen.